

AQUELARRE

Boletín informativo de la Comisión Promotora de las Hogueras de San Juan de La Coruña



Sumario

Editorial	2
Una Pascua real	3
Las Meigas en la procesión...	4
Dolores Alvite, Meiga Mayor...	4
La Meiga Mayor 2026	5
Historias coruñesas	6
La Semana Santa coruñesa ...	8/9
Cristo Atado a la columna	12/ 13
La retreta cívico-militar de...	14
Actividades de abril	15
Actividades de marzo	15



Nº 214. Abril de 2026

Edita: Publicaciones de la Comisión Promotora de las Hogueras de San Juan de La Coruña

Portada: Paso de "El Prendimiento" de José Rivas (desaparecido).

www.hoguerassanjuan.com

Ya tenemos Meiga Mayor 2026, la coruñesa Candela Pedreira Vidal y, junto a ella, sus Meigas de Honor, las jóvenes Nerea Alonso Taibo, Sarai Castro Pose, Lucía Cebral Rodríguez, Ainara Gámez Bao, Oihana Piñeiro Piñeiro, Lucía Rabuñal Rilo, Camila Isabel San Llorente Aragón, Sthephanie Isabel San Llorente Aragón, Aniangel Seoane Torres y Arantza Vázquez Juncal.

Ta tenemos Meiga Mayor Infantil, la niña coruñesa Vega Eugenia García Núñez, así como sus Meigas de Honor Infantiles, las niñas María Cagiao Pampín, Alexia Cambara Hermida, Eva Del Río Fernández, Irene Del Río Fernández, Martina Fernández Alonso, Jimena García Núñez, Vida Gaudiza Prieto e Irene Souto Rodríguez.

Con su presentación oficial, celebrada el pasado día 21, las **HOGUERAS-26** han comenzado oficialmente y, cada vez, llega menos para llegar a la mágica noche de San Juan.

A partir de ahora, las Meigas 2026 se comenzarán a hacer visibles. De hecho, el pasado Domingo de Ramos ya participaron, como es tradicional, en la multitudinaria procesión de La Borriquito, recorriendo las calles del Ensanche coruñés.

De igual modo, el próximo día 11 (D.m.), el regio Parainfo del Instituto "Eusebio da Guarda", acogerá, un año más, la protocolaria Ceremonia de Proclamación e Imposición de Bandas a las Meigas. Un acto cargado de significado con el que las Meigas 2026 recibirán sus Bandas acreditativas, poniendo fin al largo proceso de elección que se inició el pasado mes de octubre.

Un ciclo que se repite, sistemáticamente, cada año desde aquel lejano 1970 en que elegimos y proclamamos a la que sería la Meiga Mayor de las Hogueras de San Juan.

Han pasado cincuenta y seis años desde aquella fecha y seguimos en la brecha, potenciando y ensalzando la fiesta de las **HOGUERAS**, la más popular y entrañable de cuantas se celebran en nuestra ciudad.

Fueron años de mucha dedicación, siempre a cambio de nada, lo que nos permitió elevar el nivel de la fiesta a cotas impensables, incluso para aquellos que fueron artífices del San Juan de 1970.

Las Hogueras, son el resultado del trabajo de muchos que, durante estos cincuenta y seis años, han querido dedicar lo mejor de cada uno de ellos, sin pedir nada a cambio, a una causa común que se llama la noche de San Juan coruñesa y con ese esfuerzo han logrado situarla en el pódium de las fiestas de nuestra ciudad, incluso en el de las grandes fiestas de España.

Con el paso de los años logramos que nos reconocieran como "Fiesta de Galicia de Interés Turístico" (2000); "Fiesta de Interés Turístico Nacional" (2003) y "Fiesta de Interés Turístico Internacional" (2015). Incluso, a instancias nuestras, se consiguió que la jornada del 24 de junio fuese declarada festivo local en nuestra ciudad. Unos logros no alcanzados por nadie al menos en el universo coruñés.

Sin embargo, en estos últimos años, desde 2016, la incompreensión y el sectarismo de unos pocos, que jamás han movido un dedo por esta ciudad, ha privado a nuestras Meigas de vivir como corresponde nuestra mágica Noite da Queima y a nuestra ciudad de disfrutarla como realmente se merece.

Hay quien cree, unos por ignorancia y otros por..., bueno, ellos sabrán, que esa imagen a que nos tiene acostumbrada nuestra noche de San Juan, abarrotando las playas, nació de forma espontánea. Que un buen día, miles de coruñeses se pusieron tácitamente de acuerdo para invadir las playas cada noche de 23 de junio, sin que nada, ni nadie los convocase. Que lejos de la realidad y, sobre todo de la verdad. Las hemerotecas, nuestra propia historia, dicen lo contrario, demostrando el trabajo bien hecho, largo y laborioso, que hizo falta realizar para llegar a donde hemos llegado y que se debe a nuestras Meigas.

¡Feliz Semana Santa a todos!



Feliz Pascua de Resurrección

La Comisión Promotora de las Hogueras de San Juan y la Asociación de Meigas de las Hogueras de San Juan de La Coruña, desea a nuestros amigos, colaboradores y lectores una muy feliz Pascua de Resurrección.

Es tiempo de fe y de esperanza que nos enseña que la muerte no es el final del camino.

A todos, feliz Pascua de Resurrección,





Como en otras ocasiones, esta querida publicación me ofrece la oportunidad de escribiros unas líneas justo antes de comenzar la semana más importante del Año litúrgico cristiano, la Semana Santa.

La tentación también se repite año tras año, me refiero a la de limitarnos a vivir como un espectáculo externo todos los misterios que se reviven en estas jornadas santas. Como si de contemplar la historia de otro se tratase. Valgan estas letras para animarnos a vivirla de una forma más real, más cercana a cada uno de nosotros.

Toda nuestra salvación, y especialmente su plenitud tras la venida de Cristo entre nosotros, está escrita desde la luz de la Resurrección de Jesús. Todos los Evangelios, las Cartas apostólicas o paulinas, los Hechos de los Apóstoles..., es decir, todos los escritos del Nuevo Testamento se redactan desde la noticia de que Jesús había vencido a la muerte.

Esto mismo resulta esencial para nosotros. Cuando el escritor británico C.S. Lewis se dirigía a los sacerdotes, les decía: “debéis cuidar de lo que nos concierne como criaturas que vamos a vivir para siempre”. Porque esa es la gran noticia que se actualiza esta Semana, que se actualiza de hecho en cada Eucaristía: la victoria de Cristo sobre la muerte.

Pues bien, esta Semana grande tiene un pórtico interesante y que hemos revivido en este Ciclo A del año litúrgico. Los tres últimos domingos de Cuaresma hemos proclamado tres grandes imágenes: el agua de vida (evangelio de la Samaritana), la luz (evangelio del ciego de nacimiento) y la vida (la resurrección de Lázaro). Y en ellos hemos escuchado tres veces el “Yo soy” de Jesús referido a esas tres realidades.

Precisamente este último, la resurrección de Lázaro, es un pasaje maravilloso para ayudarnos a comprender lo que vamos a vivir. La escena es impresionante: un gran amigo de Jesús,

junto con sus hermanas, un lugar muy cercano a Jerusalén, un hombre conocido en las altas esferas judías, una muerte contrastada durante cuatro días... Todo preparado para el momento en el que la Vida se hace presente. Justo ahí, Cristo resucita a su amigo, provocando todo tipo de reacciones, tanto a favor como en contra. Cómo sería la contundencia de este milagro que no sólo precipitó la detención y muerte del Maestro, sino que también provocó que Lázaro y sus hermanas tuvieran que huir tras lo ocurrido (Jn 12, 10-11), por ser una prueba viviente de la presencia de Dios entre nosotros.

¿Y por qué es un dato tan interesante para nosotros? Como os decía antes, todo el milagro parece preparado para provocar algo distinto en cada persona. Los discípulos deben resucitar ante la muerte del Maestro que ocurrirá en unos días; las hermanas de Lázaro deben resucitar de sus miedos; los judíos que acudieron a darles el pésame también tenían que resucitar a sus dudas sobre Jesús de Nazaret...

Precisamente por eso, nosotros hemos de ser capaces de eliminar las losas que nos aplastan, para que podamos escuchar la llamada del Rabí de Nazaret a la vida, para que, liberados de nuestras ataduras, podamos caminar de nuevo en una libertad que ya nada ni nadie pueda arrancarnos. Cada uno de nosotros estamos invitados a descubrir qué losa nos impide salir. Muchas de esas lápidas son impuestas por el tiempo, la enfermedad, la soledad o la pérdida de algo importante para nosotros, pero otras veces se trata de realidades que nosotros mismos nos hemos impuesto, a menudo sin ser muy conscientes de ello, pero que tienen el mismo poder paralizante que el miedo o la misma muerte.

Los acontecimientos de la Semana Santa son una invitación a ponerle nombre a lo que nos paraliza, a crucificarlo con Cristo en el altar de nuestras debilidades, pero, después de todo, a resucitar con Él a una vida diferente ya en este mundo y en plenitud en el venidero.

Por eso la Semana Santa es distinta para la vivencia de cada cristiano. Y también por eso hay que aprovechar en profundidad estas jornadas que se avecinan. No esperemos a que “ya huele” en nuestra vida espiritual, dejemos que la voz de Jesús en nuestra historia personal nos libere de las ataduras y nos hagan caminar de nuevo como criaturas creadas para la eternidad.

Feliz Semana Santa.

Carlos López Jadraque.

Las Meigas en la procesión de la Borriquita

4



Como es tradicional, desde hace varios años, la Meigas, mayores e infantiles, asistieron, el pasado Domingo de Ramos, a la populosa procesión de la Borriquita que, organizada por la Cofradía de su nombre, salió de la Iglesia de la Divina pastora de los Padres Capuchinos.

La representación de las Meigas 2026 estaba encabezada por la Presidenta de la Asociación de Meigas, M^a Concepción Astray, y por la Meiga Mayor, Candela Pedreira, y la Meiga Mayor Infantil Vega Eugenia García.

Cabe significar que la Asociación de Meigas es Cofrade de Honor de esta Cofradía.



Dolores Alvite, pregonera del Solsticio Poético

Recientemente, la Directiva de la Asociación de Meigas de las Hogueras de San Juan nos ha informado del nombramiento de Dolores Alvite Menor, Meiga Mayor de las **HOGUERAS-90**, como pregonera de la XXXVIII Fiesta del Solsticio Poético, acto de exaltación de Vega Eugenia García Núñez, como XLII Meiga Mayor Infantil de las **HOGUERAS-26**.

Según hemos conocido, este entrañable acto se celebrará, el próximo sábado, día 23 de mayo, en el regio Paraninfo del Instituto "Eusebio da Guarda" de nuestra ciudad.

Dolores Alvite fue proclamada XXI Meiga Mayor para las **HOGUERAS-90**, en el transcurso de la celebración de la XX Fiesta del Aquelarre Poético, que tuvo como escenario el Restaurante "Os Arcados", la tarde del 23 de junio de 1990.

En aquel elegante acto de proclamación actuó de pregonero el abogado coruñés Luis de Andrés Fernández, quien, en su pregón, glosó la belleza de la Meiga Mayor y de sus Meigas de Honor, así como la magia y el misterio que encierra la noche de San Juan.

Este año, treinta y seis años después, la protagonista de aquella inolvidable velada, será la encargada de trasladar esa magia de las Meigas Infantiles 2026.



La Meiga Mayor 2026

5

El pasado día 21, el Jurado de Elección de la Meiga Mayor, presidido por Margarita Anido Canedo y compuesto por veinticinco miembros, eligió a la joven coruñesa **Candela Pedreira Vidal**, como LVI Meiga Mayor para las **HOGUERAS-26**.

Candela Pedreira, coruñesa de San Pedro de Visma, de dieciséis años, nació, precisamente, el día de San Juan; es estudiante y su sueño es cursar estudios de psicología.

Candela, que está muy feliz con su nombramiento que no esperaba, señaló que “se encontraba muy contenta y orgullosa”; manifestando su compromiso y la gratitud por la experiencia vivida con el resto de su compañeras nombradas Meigas de Honor.

Deseamos a Candela un feliz meigado.



Acto de Elección y Presentación



El pasado sábado, día 21, la Comisión Organizadora de las Hogueras de San Juan de La Coruña, eligió a la joven que, en fechas próximas, será proclamada LVI Meiga Mayor de las **HOGUERAS-26**, declaradas *Fiesta de Interés Turístico Internacional*, que culminarán con la celebración de “a Noite da Queima”, en la Noche de San Juan.

Este acto de elección de la Meiga Mayor se celebró en la Sala de Cultura del Sporting Club Casino de La Coruña (C/ Real, 83), donde se cons-

tituyó el jurado compuesto por una treintena de personas de diferentes profesiones, así como Meigas Mayores, Meigas Mayores Infantiles y de Honor de pasadas ediciones, siendo presidido por Margarita Anido Canedo. Este jurado fue el encargado de valorar el perfil de cada una de las candidatas para finalmente elegir a la Meiga Mayor 26.

Tras entrevistar a cada una de las candidatas y visionar sus videos de presentación, el jurado eligió a Candela Pedreira Vidal como Meiga Mayor para las **HOGUERAS-26**.

Posteriormente, en el mismo marco, se procedió a presentar a la Meiga Mayor, Candela Pedreira, así como a sus Meigas de Honor, Nerea Alonso Taibo, Sarai Castro Pose, Lucía Cebal Rodríguez, Ainara Gámez Bao, Oihana Piñeiro Piñeiro, Lucía Rabuñal Rilo, Camila Isabel San Llorente Aragón, Stephanie Isabel San Llorente Aragón, Aníangel Seoane Torres y Arantza Vázquez Juncal, y a la nueva Meiga Mayor Infantil, Vega Eugenia García y a sus Meigas de Honor Infantiles, las niñas María Cagiao Pampín, Alexia Cambara Hermida, Eva Del Río Fernández, Irene Del Río Fernández, Martina Fernández Alonso, Jimena García Núñez, Vida Gaudiza Prieto e Irene Souto Rodríguez.

El acto, al que asistieron diferentes autoridades y representaciones, lo cerró, con unas palabras, la Delegada de la Xunta de Galicia, M^a Belén Do Campo.



Santísima Virgen de los Dolores

Tras las elecciones del 16 de febrero de 1936, que después de un fraude histórico y un robo sin precedentes, llevarían al poder al Frente Popular, la Semana Santa de ese año, que tuvo lugar entre el domingo de Ramos, 5 de abril, y domingo de Resurrección 11 del mismo mes, y que sería la última antes de la gran confrontación española de 1936-1939, pasaría completamente oculta, debido sobre todo al ambiente de hostilidad y persecución que el gobierno presidido por el anticlerical Manuel Azaña "**España ha dejado de ser católica**" se atrevió a decir, dirigió hacia ella. En aquel ambiente en que el Gobierno se inhibió de garantizar por medio de las fuerzas del orden público, la seguridad de las mismas, -en la Semanas Santas de 1932 y 1933, se habían producido numerosos altercados, incluso como sucedió en Sevilla con quema de imágenes - la inmensa mayoría de las Cofradías, ante el temor de ataques por parte de organizaciones como el PSOE y sus juventudes, PCE y CNT, que habían amenazado a las cofradías de evitar procesiones si no querían "**atenerse a las consecuencias**", decidieron encerrarse en sus propios templos.

Ya en 1932 y 1933, el gobierno que presidía el propio Manuel Azaña había prohibido las manifestaciones religiosas en espacios públicos. Eso unido a la quema de los conventos en muchos lugares de España cuando la Segunda República no llevaba ni un mes en el poder y la disolución de la orden religiosa de los Jesuitas, llevarían a un clima irrespirable de anti religiosidad.

La Coruña no se sustraería a aquel hostil ambiente y ninguna de las habituales Procesiones saldrían a las calles en aquella semana Santa de 1936. Todo quedaría constreñido a los Santos Oficios de Jueves y Viernes Santos, que se celebrarían en los diversos templos de la ciudad.

A pesar del peligroso ambiente, las iglesias y conventos, gracias al excelente tiempo se llenaron de fieles para asistir a las celebraciones litúrgicas. La prensa de

la época destacaba la gran animación que hubo en las calles, donde no se produjeron incidentes, así como la presencia en las puertas de iglesias y conventos servicio de fuerzas de Seguridad y Asalto y de Policía.

En las iglesias de San Andrés, Redentoristas y Capuchinos, hubo comuniones especiales, organizadas por los respectivos Centros de Jueves Eucarísticos, y por la tarde, hubo solemne Hora Santa, ejercicio celebrado asimismo por las Marías de los Sagrarios Calvarios en la iglesia de Santiago. En San Jorge tuvieron especial participación los miembros de acción Católica y Adoración Nocturna

En la Colegiata de Santa María del Campo, con la asistencia del Cabildo, se verificó la ceremonia del Lavatorio, y hubo el sermón del Mandato. En la iglesia de Santiago representaciones de distintas cofradías. En San Nicolás, la congregación de los Dolores y en Santo Domingo, los terciarios dominicanos y los tomasinos. En la Venerable Orden Tercera de San Francisco, al anochecer se celebró el acto de la Meditación del Huerto.

Los monumentos de exposición del Santísimo lucieron artísticamente exornados con flores, trigo germinado y espléndidamente iluminados en los templos de Santa María, Santo Domingo, Santa Bárbara, San Francisco, Santiago, San Nicolás, San Jorge, Santa Lucía, Capuchinas, Grande Obra de Atocha, Asilo de Ancianos Desamparados, San Andrés, San Roque, San Pedro de Mezonzo, Perpetuo Socorro y San José de la Montaña Padres Capuchinos.

En la capilla de la Virgen de los Dolores, de la parroquial de San Nicolás, estuvieron expuestas a la veneración las imágenes de Jesús con la Cruz a cuestas, de la Dolorosa, de la Verónica y de San Juan Evangelista. La Virgen de los Dolores luciría gran cantidad de flores. De igual modo en la Orden Tercera se expusieron las imágenes de Jesús yacente y de la Virgen de la Soledad, también adornada con gran cantidad de flores aportadas por los fieles.

El Viernes Santo, hubo el sermón de la Pasión en Santo Domingo, Vía-Crucis solemne en todas las iglesias, sermón de la Soledad en los Capuchinos, y Orden Tercera de San Francisco, que pronunció don Antonio Lago Várela. En San Nicolás el sermón del Tránsito del Señor al Calvario, lo llevaría a cabo el catedrático del Seminario de Lugo, Miguel Novoa. En la iglesia de Santiago predicó el presbítero don Diego Uña Calleja.

El comercio cerró sus puertas y no hubo espectáculos ni Jueves ni Viernes Santo, Los coruñeses, en gran mayoría, desfilaron con total orden por los templos de la capital, y hubo momentos en que, fue tal la aglomeración de personas, que se hizo complicado el acceso a las iglesias.

Habría que esperar un año para que las procesiones coruñesas volviesen a procesionar por las calles, en la Semana Santa de 1937, en plena guerra de liberación Española, con La Coruña como parte de la retaguardia del bando Nacional, que final y afortunadamente ganaría aquella guerra de 1936-1939.

Carlos Fernández Barallobre.

Imágenes de otro tiempo



Por medio de la IA hemos coloreado estas dos imágenes tomadas las noches de San Juan de 1970, en la que aparece la I Meiga Mayor y sus Meigas; y de 1973, con la IV Meiga Mayor y sus Meigas de Honor.

Fue en esta Semana Mayor de finales de la década de los cincuenta cuando coincidieron, por última vez, en las calles de nuestra ciudad, las vistosas procesiones de “El Cristo de la Agonía y Nuestra Señora del Mayor Dolor”, en la noche de Miércoles Santo, y la del “Dolor”, la noche de Jueves Santo, dos citas tradicionales de la Semana Santa coruñesa que, sin embargo, dejarían poco después de procesionar por las calles de Marineda.

Aquella Semana Santa, que daría paso al inicio de la llamada “década prodigiosa”, tuvo un mal comienzo, ya que, la popular y populosa procesión de Nuestra Señora de los Dolores, no saldría a la calle el viernes anterior al Domingo de Ramos a causa de la lluvia que no permitió que realizase su tradicional estación de penitencia.

Sin embargo, en aquella ocasión no se cumpliría, al menos en parte, el viejo dicho coruñés que dice que “si no sale la procesión de los Dolores, no sale ninguna”, ya que una parte de las previstas desfilaron, los días siguientes, por las calles de La Coruña.

Prueba de que este viejo decir coruñés no se cumplió al pie de la letra, lo tenemos en el hecho de que, además de las diferentes procesiones de palmas que, partiendo desde diversos templos, recorrieron las calles aledañas al Domingo de Ramos, aquella misma tarde, desde la Orden Tercera, partió la procesión del Nazareno, todo un clásico en la Semana Mayor coruñesa.

El reloj marcaba las ocho de la tarde de aquel 22 de marzo, cuando, desde el templo de la V.O.T. en plena Ciudad Vieja, salió el desfile procesional en el que figuraban los pasos de “Jesús Nazareno” y la “Dolorosa”, acompañados de multitud de fieles.

El cortejo procesional recorrió diferentes calles de la Ciudad Vieja, así como otras de la Pescadería ante miles de personas que ocupaban la totalidad del itinerario previsto, en tanto que muchos de los edificios se encontraban engalanados con colgaduras y banderas nacionales.

Las dos imágenes participantes, alumbradas por gran cantidad de fieles, iban escoltadas por efectivos de la Guardia Civil y de los Cuerpos de la guarnición de la plaza coruñesa, cerrando el cortejo la Banda de cornetas y tambores de la Agrupación de Transmisiones nº 8, acuartelada en el cuartel de Alfonso XII o de Atocha.

La siguiente cita procesional se registró en la noche del 25, Miércoles Santo, saliendo a la calle la procesión más vistosa de cuantas se organizaban en La Coruña: la del “Cristo de la Agonía y Nuestra Señora del Mayor Dolor”, organizada por una Cofradía residente en la iglesia de San Jorge que, pese a lo reciente de su creación, tan solo dos años antes, gozaba de mucho predicamento entre los coruñeses, debido a su elegancia, a la vistosidad de sus cofrades, a la pulcra organización y, sobre todo, a lo novedoso de su concepción.

A decir tanto de la prensa como de los coruñeses de la época, se trataba de la procesión más vistosa e innovadora de cuantas salieron a las calles de nuestra ciudad durante muchos años, siendo seguido su procesio-

nar por cientos de personas.

Al parecer, la génesis del proyecto está íntimamente relacionada con la iniciativa de algunos Oficiales de la guarnición, suponemos que de origen ajeno a nuestra ciudad, que se encontraban, por entonces, destinados en la plaza de La Coruña, que dieron los pasos necesarios para hacerlo realidad.

La primera novedad de aquella vistosa procesión, además del tamaño e impronta de los tronos, venía dada por el color de los hábitos de los congregantes. Cada tercio, que acompañaba a las imágenes participantes, vestía un hábito distinto y así, los había crema con capirotos verdes, color que abría el cortejo; negros con capuchón morado que acompañaban el “paso” del “Ecce Homo”; negros con capirote rojo con “Jesús atado a la columna”; hábito negro y antifaz rojo acompañando la imagen del Cristo crucificado y blancos con capirote azul con el “paso” de la Virgen. Este derroche policromático venía a poner el contrapunto a los monocromáticos de color negro y capa roja, tradicionalmente vestidos por la Congregación de los Dolores, y a los blancos y negros vestidos por los cofrades de la Hermandad de San Juan Evangelista.

En cuanto a las imágenes participantes, en la salida de 1959, lo hicieron “Jesús atado a la Columna”, escoltado por la Guardia Civil; el “Ecce Homo” por la Armada; el “Cristo de la Agonía”, a hombros de Soldados de la guarnición, con escolta de la Policía Armada, y “Nuestra Señora del Mayor Dolor”, bajo palio, con escolta de la Agrupación de Transmisiones nº 8; todos ellos acompañados no solo por los cofrades, vestidos con sus vistosos hábitos, sino también por muchas coruñesas vistiendo la tradicional Mantilla Española.

En esta procesión, a cuya cabeza figuraban jinetes con los estandartes de los diferentes Tercios de la Cofradía, participaron las Bandas de Cornetas y Tambores del Regimiento de Artillería nº 48 de C.E., de la Agrupación de Transmisiones nº 8 y la Banda y la Unidad de Música del Regimiento de Infantería “Isabel la Católica” nº 29.

Por causas que ignoramos, esta procesión no volvería a salir hasta 1962, año en que lo haría por última vez.

Por estos años era costumbre, llegados los días grandes de la Semana Santa, restringir la circulación rodada por una buena parte de la ciudad, motivo por el cual el Ayuntamiento emitía el Bando correspondiente, señalando todas las circunstancias de esta limitación que se cumplían al pie de la letra.

A las doce de la noche del día siguiente, Jueves Santo, de la R.I. Colegiata de Santa María del Campo, salió la procesión del “Dolor”, cuya Cofradía, la de San Juan Evangelista, había sido creada en 1944, formada mayoritariamente por jóvenes del Frente de Juventudes y de Acción Católica.

En esta procesión desfilaban tres “pasos”, “el Prendimiento”, conocido en La Coruña como “el beso de Judas”, y la “Oración en el Huerto”, ambas del imaginero santiagués José Rivas, y el Cristo crucificado, de la mitad del siglo XVII, atribuido a Pedro de Mena.

Cientos de jóvenes, muchos de ellos con hábito blanco

y capirote negro, acompañaron las imágenes en su discurrir, en completo silencio, solo roto por los cánticos religiosos de los penitentes, por el largo itinerario que describía aquella procesión, a cuyo paso el alumbrado público se apagaba para conferir mayor dramatismo al momento.

Esta procesión tuvo su última salida en la Semana Santa de 1960, ignorando el motivo de su desaparición y, con ella, también se perdieron para siempre los dos pasos del imaginero José Rivas de los que desconocemos su paradero, ignorando si fueron a parar a otra localidad o, simplemente, la falta de mantenimiento se los llevó por delante.

Como era costumbre en estos días centrales de la Semana Mayor, las primeras autoridades, civiles y militares, concurrieron a los Santos Oficios, celebrados en los distintos templos coruñeses que también se vieron adornados con la presencia de muchas jóvenes vistiendo la tradicional Mantilla Española.

Sin embargo, el panorama meteorológico cambio radicalmente en la jornada del día 27, Viernes Santo, en que la lluvia impidió la salida procesional, en la mañana de ese día, del "Encuentro" o "Tránsito" desde la iglesia de San Nicolás, y del "Santo Entierro", en la tarde de esa misma jornada, desde la VOT de San Francisco.

La vistosa procesión del "Encuentro", organizada por la Cofradía de los Dolores, la primera en vestir a sus cofrades con hábito y antifaz desde 1927, gozaba de mucha devoción en La Coruña. Generalmente, en ella participaban dos Bandas de cornetas y tambores de los Cuerpos de la guarnición, acompañando los pasos de la "Verónica", "San Juan", "Jesús camino del Calvario" y "Nuestra Señora de los Dolores", de gran devoción en La Coruña.

La lluvia también impidió que, por la tarde, saliese de la Orden Tercera la procesión del "Santo Entierro", la más oficial de cuantas se celebraban en nuestra ciudad, que concitaba la presencia de la primeras Autoridades civiles y militares, comisiones y representaciones y una Compañía, con armas a la funerala, del Regimiento de Infantería "Isabel la Católica" nº 29, con guarnición en La Coruña, con Bandera, sujeta con corbata negra, Banda de cornetas y tambores, Escuadra de Gastadores y Unidad de Música.

En esta procesión estaba prevista la salida, además del paso de la "Urna", de las imágenes de "Santa María Salomé", la "Magdalena", "San Juan" y la "Virgen de la Soledad".

El cortejo, acompañado por muchos hombres y jóvenes, discurría por la Ciudad Vieja y por el centro de la ciudad, ante la presencia de miles de coruñeses que ocupaban las calles de su itinerario.

Igual que el día anterior y el siguiente, las Banderas ondeaban a media asta; las tropas, con uniforme de gala, prestaban las guardias de prevención con las armas a la funerala; algunos edificios se adornaban con reposteros y colgaduras con crespones negros e, incluso, los grandes faroles del regio edificio del Banco Pastor, en pleno Cantón, se cubrían con telas negras.

Por fin, la lluvia dio una tregua y la procesión de la "Soledad", conocida en La Coruña como "Os Caladriños", pudo realizar su estación de penitencia en la tarde del Sábado Santo, día 28, siendo acompañada por muchas mujeres vistiendo la tradicional Mantilla Española y por la Banda de cornetas y tambores de la Agrupación de Transmisiones nº 8.

Tradicionalmente, en esta procesión tan solo desfilaba la imagen de la "Soledad", de ahí el nombre del cortejo procesional; sin embargo, por lo que señala la prensa, y tal vez por el hecho de que la tarde anterior no pudo salir la procesión del "Santo Entierro", en esta del Sábado Santo salieron algunas imágenes cuya salida estaba prevista para el día anterior.

Por lo que refiere la prensa local, en aquella procesión, última de la Semana Mayor, participaron, acompañando a "Nuestra Señora de la Soledad", las imágenes de "San Juan", la "Magdalena" y la "Verónica" -creemos que esta última se trata de un error, y que realmente se refiere a "Santa María Salomé", imagen que se custodiaba en la Orden Tercera, al contrario que la de la "Verónica" que lo hacía en la iglesia de San Nicolás-. En cualquier caso, una excepción en esta procesión en la que, tradicionalmente, tan solo figuraba el paso de la "Soledad".

Y así fue aquella Semana Santa, última de la década de los cincuenta, en la que el declive de los desfiles procesionales coruñeses comenzaría a hacerse patente.

Mauricio A. Ribera.



"Jesús atado a la columna" (San Jorge). Este paso desfilaba en aquella procesión del Miércoles Santo



Los "Picaos" (San Vicente de la Sonsierra)

La Semana Santa en España, constituye un auténtico crisol de sensaciones, sentimientos, incluso postales en sepia de un lejano pasado.

La forma de exteriorizar la Pasión y muerte de Nuestro Señor, manteniendo la misma estructura temporal, varía de una u otra forma de acuerdo con la zona del territorio nacional en la que nos encontremos.

De esta suerte, a la austeridad castellana, silente y recogida, se opone la explosión de color andaluza o el barroquismo mediterráneo. Son formas de entender el mismo asunto partiendo de la premisa de la idiosincrasia de sus habitantes y otros condicionantes ambientales.

El silente recogimiento de las calles de la zona norte de España, contrasta con el ambiente callejero y bullanguero del sur que, pese a todo, sufre una profunda metamorfosis llegada la noche del Viernes Santo, con el Señor ya en el sepulcro, cuando ese recogimiento del que hablamos también se hace patente.

Pero si tradicionalmente la Semana Santa es así, una muestra del profundo sentir popular, heredado de siglos; hay zonas de España en las que parece que el tiempo se ha detenido y es capaz de retrotraerse muchos siglos atrás para vivir, de una forma muy singular y casi única, la Pasión del Señor.

Una de estas muestras del pasado la encontramos en las jornadas del Jueves y Viernes Santos, en la localidad riojana de San Vicente de la Sonsierra, con la aparición en escena de los "picaos".

El origen de este rito está ligado a la Cofradía de la Vera Cruz, de esta localidad de la Rioja. Sin embargo, se trata de una práctica que estuvo ampliamente extendida por muchas zonas de España durante la edad media, desapareciendo la mayoría de ellas, especialmente con las prohibiciones del Rey Carlos III.

Hoy día, los "picaos" de San Vicente de la Sonsierra son los únicos que todavía mantienen vivo el rito de los disciplinantes.

Al parecer, el primer documento escrito que hace referencia a esta Cofradía, es un decreto que data del año 1524. Existe otro documento escrito del año 1551 que recoge las reglas o estatutos de la Vera Cruz.

El rito de los Disciplinantes o «Picaos» es el único rito de penitencia disciplinante con sangre que queda en España.

Otro de los enclaves donde todavía podemos encontrar muestras de fervientes devociones, con un lejano origen, es en la localidad cacereña de Valverde de la Vera. Allí nos encontramos con el rito de los "empalaos".

El origen de este singular rito, está unido a los Hermanos de Disciplina que luego pasarían a llamarse Cofradía de la Vera Cruz y Pasión de Cristo, que estuvo muy extendida por diferentes poblaciones de la comarca de la Vera durante la edad media.

El primer documento escrito encontrado, que hace referencia a la Cofradía, pertenece a las primeras ordenanzas que datan del año 1654. En 1715, se constituye la Cofradía de la Vera Cruz y Pasión de Cristo, aunque como ya se ha señalado, su origen es anterior.

Pese a ser la única muestra de este antiguo ritual que se conserva en España, las procesiones de "Empalaos", tuvo una amplia difusión por una buena parte de España, originándose en la Edad Media, al igual que la de los "Picaos", que hemos visto en San Vicente de la Sonsierra.

Los "Empalaos" salen a las calles de Valverde de la Vera, a realizar su estación de penitencia, en las jornadas del Jueves y Viernes Santos, fechas centrales de la Semana Santa.

Otra muestra de la singularidad con la que se celebra la Semana Santa a lo largo de ancho de España, la encontramos en la localidad gerundense de Vergés, donde, cada Jueves Santo, se escenifica en sus calles la llamada "Danza de la Muerte".

Si nos acercamos a la web "La processó", leemos el origen y descripción de esta auténtica joya medieval, llegada a nuestros días:

"Se trata de un verdadero tesoro, una joya única de la cultura popular que, si bien nos ha llegado en una configuración que es claramente deudora de la estética y la iconografía barrocas, hunde sus raíces primeras en los siglos medievales cuando, sobre todo a partir de la Peste Negra (1347-48), la temática de la muerte tomó la música como la protagonista. En la Danza de la Muerte de Vergés perviven, pues, unos elementos antropológicos, simbólicos e históricos que, de hecho, forman parte del bagaje cultural de toda Europa.

En esta danza, cinco esqueletos saltan al son de un

tabal, colocados en forma de cruz. Les acompañan un séquito de otros cuatro personajes, los cuales, con antorchas, iluminan el cuadro y aportan el aire tétrico que da sentido.

El cuerpo principal de la Danza de la Muerte está formado por dos adultos (Dalla y Bandera) y tres niños (dos Platillos, que llevan un plato con ceniza, y el Reloj, que señala un reloj sin brocas). Cada personaje recibe el nombre del símbolo que lleva en sus manos ya través del cual comunica de forma repetitiva y constante las máximas sobre la muerte. La Danza de la Muerte de Vergés nos avisa de que la muerte no perdona a nadie (con la bandera), nos siega la vida (con la guadaña) y nos recuerda que a cualquier hora (reloj sin brocas) acabaremos convirtiéndonos en ceniza (platillos)".

Cualquiera de estos lugares será un buen destino para visitar la próxima Semana Santa y conocer en directo estas singulares formas de entender la Pasión. **R.**



La Danza de la Muerte (Vergés)



Los Empalaos (Valverde de la Vera)



**Cristo atado a la columna. Gregorio Fernández (s. XVII)
Semana Santa de Valladolid**

Noche de primavera de joven andadura; noche de abril, serena, mágica; noche cálida con suaves matices olorosos de flores que estallan, como carcasa de fuegos artificiales, deslizándose por las esquinas de las viejas callejuelas, estrechas y poco iluminadas. Noche de Jueves Santo, pórtico de un amanecer distinto, oscuro, cargado de tristeza, de dolor, de malos presagios...

A lo lejos se escucha, vago, perdido, como un eco indeseable, el redoble cadencioso y lento de un tambor quizás destemplado. La gente, en silencio, se va agolpando en las aceras, en los cruces de las calles iluminadas con mortecinos tonos de luz amarillenta. Niños con rostros sobrecogidos, soñolientos; ancianos con facciones gastadas, surcadas por la indeleble marca del tiempo que pasa; mujeres con manos temblorosas, cubiertas sus cabezas con negros pañuelos que evocan el recuerdo de la muerte. Todos aguardan, con dramática tensión, el paso del cortejo procesional.

Golpe a golpe, redoble a redoble, los tambores van surgiendo de la lejanía, haciéndose cada vez más dueños, más señores de la noche que se oculta tras su propio manto negro, escondiendo su rostro de mujer entre sombras inquietantes.

De repente, como de la nada, un agudo sonido de clarín rasga el nocturno abriéndose, a caballo de la brisa, por entre las esquinas. Un gemido de dolor, de angustia, de profunda amargura, hecho eco entre las piedras de las murallas medievales que pone un nudo en la garganta impidiendo tragar saliva.

Una cruz y dos ciriales abren el desfile procesional proyectando sus avisadoras siluetas, irreales, fantásticas, sobre las losas humedecidas por el rocío nocturno. Hombres encapuchados, con los rostros cubiertos de un negro que traslada el tiempo a otro jamás vivido, portando enormes cirios que, en su crepitar, reflejan sombras fantasmales, mágicas, sobre las lunas de los escaparates apagados, silenciosos, vacíos, inundando el ambiente con un fuerte y pegadizo olor a cera quemada.

El silencio es el principal protagonista en esta noche de primavera de poca andadura, recién estrenada.

Ante las gentes, que se agolpan en las aceras, desfilan, con lentitud parsimoniosa, largas filas de cofrades vestidos con hábitos de diferentes tonos, negros, azules, verdes, blancos, propios de cada Hermandad; con los rostros cubiertos por altos capirotos adornados de cruces de oro y plata. Pies desnudos se deslizan por

las frías losas de gastada piedra secular. Enormes cruces de madera discurren, arañando el empedrado, portadas por hombros doloridos, heridos por la exigencia de una vieja promesa, por la renovación de la esperanza, de la fe.

Poco a poco, los tambores se van acercando, se van haciendo más presentes, rompiendo los últimos silencios de la noche profunda y oscura que parece querer huir entre sus propias sombras. Una exclamación de infantil asombro surge de un balcón lleno de niños absortos en la contemplación del milenar drama. Las cruces de metal golpean el suelo marcando el ritmo lúgubre de la marcha; aquí la ansiada parada; allá el reinicio del lento discurrir camino del Calvario. En una esquina, oculta bajo el dintel de la puerta de un vetusto caserón, una mujer rubia, de pelo lacio, con acento de una tierra lejana, ajena quizás al dramatismo del momento, dispara un par de veces el flash de su cámara, atravesando el alma de la noche como un rayo en atardecer invernal de espantosa tormenta.

El silencio todo lo puede, la mística del instante hace encoger el corazón; nadie habla, tal vez en voz baja alguien deje escapar tan solo siete palabras. ¡Todo está consumado! Una ráfaga de viento frío golpea el rostro, hiriéndolo, como las pesadas madejas de lana pican las espaldas de los disciplinantes en la dramática celebración de una Semana Mayor perdida en el tiempo, en los recuerdos; luego, sin querer detenerse ni un solo instante, huye deslizándose entre recónditos claustros, perdiéndose entre las callejas solitarias y mal iluminadas, dejando tras de sí un escalofrío que encoge el alma.

Al fondo, tras una esquina, se advierte el sonido acompasado de unas andas al moverse, al golpear al mismo ritmo las losas de piedra de la calle humedecida por la cera derretida. La gente levanta lentamente su rostro y con un rictus de angustia, de tristeza, nacido de lo más profundo del alma, miran los ojos cansados, doloridos, sobrecogedores, llenos de ternura, dibujados de ansias de perdón, del Cristo atado a la Columna que, a hombros de costaleros sin nombre, desfila por las calles estrechas, silentes, tenuemente iluminadas, de la vieja ciudad en la noche primaveral de Jueves Santo.

Lentamente, el Paso va cruzando ante las atónitas miradas de los hombres y mujeres que llenan las calles para revivir el momento más trágico de la Historia. Una sensación de dramatismo sin límites se adueña del ambiente. Un niño comienza a llorar asustado, sin duda, por el instante que está viviendo y que no acierta a comprender. Se palpa el dolor, la amargura secular, entre las gentes; en sus rostros, que desde siempre han presenciado la repetición de estas mismas imágenes, se advierte una mueca de complicidad, de culpabilidad a veces mal disimulada. Una anciana se santigua; un joven baja levemente la cabeza; uno de los niños del balcón deja escapar un suspiro agudo, penetrante, evocador. El alma se encoge, la angustia del momento embarga a unos y otros; los corazones parecen querer dar un vuelco en sus cavidades.

El Paso se ha detenido, los costaleros descansan la dolorosa carga. El trono, de madera tallada, se adorna con una alfombra de rojas flores que aroman la noche, perfumando las sombras; con crepitantes velas que

producen un efecto fantasmal al reflejar sus lenguas, dibujando en la penumbra miles de inquietantes espectros. En lo alto, la imagen tallada de Nuestro Señor, hermosa, patética, desgarradora, aguarda serena, piadosa, mirando al infinito, que el desfile continúe su marcha.

Un niño mira su atormentado rostro con ojos de infinita ternura; una mujer inicia una plegaria en silencio. Un golpe de vara, todos preparados, la atención centrada en el momento bajo las andas de madera; otro golpe seco, el Paso arriba, al cielo de la noche abriéndose, a hombros de anónimos costaleros, heridos, amoratados, al borde de estallar en sangre, cargando sobre sus espaldas la pasión y muerte de Cristo. La imagen se estremece. Un golpe más, todavía más seco, y el trono continúa su marcha, su discurrir lento y cadencioso por las calles, buscando el regreso a su morada, la vuelta al templo del que salió horas antes y donde permanecerá hasta que la vida dé una vuelta completa al ciclo anual.

Los últimos ecos de los tambores se pierden entre las esquinas, las postreras notas de los agudos clarines se desgranán entre las desafiantes torres barrocas y las portadas platerescas y neoclásicas de los palacios de la gran plaza próxima. Al fondo, al doblar un recodo callado, bajo un caserón timbrado con viejo escudo de armas, desaparece muy lentamente, camino de su morada, la silueta dolorida, recortada en la noche como una sombra evocadora de mil mensajes de amor eterno, la imagen policromada del Cristo atado a la Columna.

El silencio sigue siendo el protagonista de la más dramática de todas las noches. Una sensación de dolor, de angustia mal disimulada invade todo el ambiente. En la esquina flanqueante una siniestra gárgola ha mudado su terrorífica mueca, estremeciéndose en su propia y pétreo esencia.

Las gentes vuelven, en silencio, a sus casas. Familias enteras susurran en baja voz, de oído a oído, las sensaciones del momento y las comparan con otras de idénticos instantes vividos años atrás. En su penitencia se pierden entre las calles resbaladizas cubiertas por regueros de pálida cera quemada. Un camión comienza a encharcar de agua las aceras. Un farol de luz amarilla, dueño de una esquina, hace un guiño apagándose finalmente como queriendo jugar a un siniestro juego del escondite. Los ecos de los tambores ya son tan solo un recuerdo en el nocturno que se difumina con el paso, lento y pesado, de las horas en busca del amanecer.

A lo lejos, un portal cierra sus dos hojas dejando a la noche fuera, en la calle. Un campanario olvidado, lejano, desgrana casi en silencio, unas campanadas que tañen a muerte como un lamento infinito. Todo se ha consumado; todo se ha quedado vacío, en silencio; nadie discurre ya por las calles en esta madrugada de dramático Jueves Santo. De un balcón próximo se advierte, todavía vago, el aroma de unos claveles húmedos que perfuman la noche con un olor profundo, penetrante, mágico, esperanzador.

En lo alto del cielo brilla una luna llena de fe, de esperanza. Finalmente, es primavera.

José Eugenio Fernández Barallobre.



Fue uno de los números fuertes de aquellas fiestas de agosto de 1905. La retreta militar de aquel año se celebró el domingo 13 y concitó la presencia de miles de coruñeses y forasteros.

Según la prensa de la época, en esta ocasión, no fue tan lucida como en años anteriores por la falta de algunos elementos, incluso el reducido número de carrozas, tan solo dos, participantes en aquella edición. Una de ellas, una alegoría a los festejos, aportada por la Liga de Amigos, y otra, la del grabado que aportamos, la de las Sociedades recreativas de la ciudad: Sporting Club, Nuevo Club, Casino Coruñés y Reunión de Artesanos.

Sin embargo, la entusiasta participación de la guarnición coruñesa palió, en buena medida estas ausencias.

La Retreta partió del Campo de la Estrada, de donde partió a las nueve y media de la noche, transitando por Puerta de Aires, Amargura, Veeduría, Zpatería, Príncipe, Plaza de Azcárraga, Damas, Plazuela de los Ángeles, Ángeles, Travesía de Montoto, Montoto, Fama, Riego de Agua, Real, Cantones, Plaza de Mina, Juana de Vega, San Andrés, Cordonería, Panaderas, Campo de la Leña (Plaza de España) y Cuartel de Alfonso XII, donde concluyó.

Como es fácil advertir, un larguísimo itinerario que recorrió, tanto una buena parte de las calles de la Ciudad Vieja como de la Pescadería.

Abría la marcha una Sección montada del Regimiento de Cazadores de Caballería "Galicia" nº 25, seguido de largas filas de soldados de los Regimientos de Infantería y Artillería, portando vistosos faroles con las imágenes de la Torre de Hércules y de otros enclaves relevantes de la ciudad.

Seguía la primera de las carrozas, de hechura muy

vistosa, obra de Navarro que ya había participado en la cabalgata anunciadora de las fiestas.

Tras ella, una Sección de Caballería con faroles que daba paso a la carroza de las Sociedades recreativas – la que ilustra estos comentarios-, obra de Julio Woneburger.

La carroza, de grandes dimensiones, representaba una locomotora atravesando un monte y sobre ella una gigantesca figura representando al genio del trabajo, portando en una mano un potente foco de luz y sujetando con la otra a tres hidras.

En la retreta figuraba también un enorme serpentón, estrenado el año anterior, iluminado con bujías que, tal vez debido a lo angosto de alguna de las calles de la Ciudad Vieja, se incendió quedando completamente destruida.

Seguía, cerrando la comitiva otra Sección montada portando faroles.

Tras cada una de las carrozas participantes marchaban la Banda Municipal de Santiago y la Banda y Música del Regimiento de Infantería "Isabel la Católica" nº 54 que, al igual que la de clarines del Regimiento de Cazadores "Galicia" y la de trompetas, también montada, del Regimiento de Artillería 3º de Montaña, así como el resto de los participantes en la retreta pertenecían a los diferentes Cuerpos de la guarnición coruñesa.

El toque de retreta militar se interpretó frente al Palacio de Capitanía General; en el parque del Relleno, frente al Cantón Grande, y en la plaza de Pontevedra, frente al Instituto "Eusebio da Guarda", interpretándola, conjuntamente, las Músicas y las Bandas de cornetas, clarines y trompetas participantes.

Así fue aquella retreta cívico-militar, uno de los números fuertes de las fiestas de aquel verano de 1905. **E.**

Visite nuestro blog:
<http://meigascoruna.blogspot.com.es/>

Edita:

Sección de Publicaciones y Difusión de la
Comisión Promotora de las Hogueras de
San Juan de La Coruña

Nuestra página web:
www.hoguerassanjuan.com

ACTIVIDADES DE ABRIL

Día 11. 20,00 h. Paraninfo del Instituto "Eusebio da Guarda". Actos de Proclamación. Ceremonia de Proclamación e Imposición de Bandas a las Meigas mayores e infantiles de las HOGUERAS-26.

El acceso a este acto es por rigurosa invitación.

Día 15. 20,00 h. Sala de Cultura del Sporting Club Casino de La Coruña (C/ Real, 83). Ciclo "Páginas Coruñesas". Conferencia.

Día 21. 20,00 h. Sala de Cultura del Sporting Club Casino de La Coruña (C/ Real, 83). Ciclo "Notas y Hogueras". Concierto.

El acceso a estos actos es libre.



Imagen de la Santa Mujer Verónica (Iglesia de San Nicolás de La Coruña)

Fiesta de Interés Turístico Internacional

Actividades de marzo

Dentro del Ciclo "Páginas Coruñesas", el pasado día 11, el Rvdo. Padre Ricardo Vázquez Freire, Párroco de Santa María y Santiago, ofreció una documentada charla que tituló "La Cuaresma".

En su disertación, el ponente hizo un amplio y pormenorizado recorrido sobre el profundo significado de este tiempo de esperanza previo a la Resurrección, que fue seguido con mucho interés por el numeroso público asistente.

Por su parte, el miércoles 25, asistimos, también en la Sala de Cultura del Sporting Club Casino, a un nuevo concierto del Ciclo "Notas y Hogueras".

El concierto, que resultó brillante, fue ofrecido por los pianistas Mateo Rey Edreira y Gabriela Piñeiro Martín, ambos del Departamento de Piano del Conservatorio Superior de Música de La Coruña.

